

Historia, filosofía política y peronismos. La cuestión de las categorías

DENADAY, Juan Pedro / Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”- Universidad de Buenos Aires –CONICET-juanpedrodenaday@gmail.com

Eje: Liberalismo, nacionalismo y peronismo en el siglo XX. Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras claves: Topografía parlamentaria – fascismo – socialismo – peronismo - partisanismo*

» **Resumen**

El presente texto desarrolla una problematización conceptual a propósito de la potencialidad explicativa de la diada izquierda-derecha para la interpretación de la historia política europea, en general, y para el caso del peronismo argentino, en particular. En lo que refiere al primer asunto, se entabla una discusión con los argumentos sostenidos por Norberto Bobbio en un libro publicado en 1994. Se repasa en los casos bolchevique y fascista a fines de someter a cotejo histórico los principales criterios que el politólogo italiano propone como parámetros medulares de su esquema analítico. En lo que refiere al segundo problema, el del fenómeno peronista argentino, se advierte sobre el cambio diacrónico que se aprecia en el uso de categorías destinadas a caracterizarlo en sus distintas etapas históricas. Se sostiene que la introducción tardía de las categorías de la topografía parlamentaria produce un empobrecimiento conceptual del objeto indagado. Por consiguiente, siguiendo a autores como Gino Germani, Slavoj Žižek y Carl Schmitt, se proponen transitar otros caminos de conceptualización teórica que permitan, por un lado, no desatender durante la década del setenta a la intrínseca ambigüedad de la identidad populista, y, por otro, prestar atención a la gravitación que tuvo el factor ideológico en la guerra partisana que experimentó el peronismo en el primer lustro de aquellos años aciagos.

» **Introducción**

Las categorías izquierda-derecha funcionan como una suerte de comodín para la explicación de los fenómenos políticos más variados. Se trate de historiadores que estudian el pasado, o de intelectuales y ciudadanos que analizan u opinan sobre el presente, las categorías de la topografía parlamentaria están en el corazón del lenguaje político con el que las personas se comunican de modo corriente. En tal sentido, es innegable la funcionalidad práctica de ese código común que, a su manera, da cuenta de lo real. No obstante, cabe preguntarse: ¿cuánto se pierde de la riqueza de los fenómenos políticos en la utilización constante y abusiva de las

categorías izquierda-derecha? ¿Es productivo para el discurso científico impregnarse hasta tal punto del lenguaje lego? Norberto Bobbio ha formulado la conceptualización más acabada para justificar la utilidad de las categorías izquierda-derecha. La propuesta del politólogo italiano estaba muy vinculada a su interés ético-político por contrarrestar el clima cultural de las tesis del “fin de la historia”. Pero desde un punto de vista más estrictamente analítico, que es el que aquí nos convoca, ¿resulta verdaderamente útil el esquema diádico para la comprensión del drama político contemporáneo? ¿Podemos interpretar adecuadamente fenómenos como el bolchevismo y el fascismo recurriendo a las categorías de la topografía parlamentaria? Estos son algunos de los problemas y preguntas que aborda este texto, procurando sugerir vías alternativas de conceptualización.

Aquí sostenemos que las categorías de factura francesa admiten discusión para el análisis de la propia historia política de su continente, a raíz de una serie de cambios que se comenzaron a experimentar en esa geografía desde mediados del siglo XIX. ¿Y qué puede decirse, entonces, sobre la utilidad teórica de la topografía parlamentaria para interpretar los procesos políticos latinoamericanos? ¿Cuál es su profundidad conceptual para indagar en la naturaleza del fenómeno crucial de nuestra historia local del siglo XX, el peronismo? ¿Por qué dicho movimiento político es conceptualizado ontológicamente al analizarlo en su etapa clásica, mientras se recurre a las categorías de la topografía parlamentaria para dar cuenta de su dinámica setentista? ¿Qué innovaciones sustanciales se aprecian en aquello que se engloba como peronismo de derecha con respecto a los parámetros tradicionales del populismo peronista? ¿Se trató el conflicto entre Juan Domingo Perón y el juvenilismo montonero únicamente de una lucha de poder o gravitaron allí también unas decisivas incompatibilidades ideológicas? Tales son los tópicos sobre los que se interroga este trabajo, con la intención de problematizar e intentar dar cuenta de las causas políticas e ideológicas que activaron el fenómeno del partisanismo en los años setenta de Argentina.

› ***Entre el nominalismo empírico y la inflación conceptual***

“El concepto no es la cosa en lo que ella es, por la sencilla razón de que el concepto siempre está allí donde la cosa no está, llega para reemplazar a la cosa, como el elefante que hice entrar el otro día en la sala por intermedio de la palabra *elefante*”

Jacques Lacan

Johan Huizinga (s/e [1934]: 52-53) destacó la necesidad que el historiador tiene de recurrir a la abstracción para eludir el mero nominalismo. Pero el autor de *El otoño de la Edad Media*

advertía, simultáneamente, en torno al riesgo de recaer en la “inflación” y el “antropomorfismo” de los conceptos; al usar, por ejemplo, con pretensiones explicativas excesivas términos como capitalismo, revolución, burguesía, reacción y democracia. Si bien la historia no puede prescindir de ellos, sugería Huizinga (sin fecha de edición [1934]: 57-60) que el historiador interesado en brindar una “reproducción viviente y digna de confianza del pasado” debe “guardarse cuidadosamente de no usar esos términos como patrón, cargados como van de sentimiento y resentimiento”. Para la reflexión teórica el uso de categorías resulta ineludible, caso contrario, nos ocurriría como al trajinado pero ejemplar Ireneo Funes de Jorge Luis Borges. El mundo colapsado por la exhaustividad de su memoria cabal le expropiaba al personaje la facultad misma de pensar, en tanto hacerlo implica “olvidar diferencias”, “generalizar”, “abstraer” (Borges, 2011 [1942]: 786). Para Jacques Lacan (2017 [1953-1954]: 344-351) la obsesión de Funes hubiese sido, de todos modos, finalmente inconducente, en la medida que “la significación nunca remite más que a ella misma, es decir, a otra significación”. Como “el *fact*” siempre está simbolizado, entre la cosa y el concepto sólo puede operar una relación de “identidad en la diferencia”. A partir de una lectura lacaniana de Hegel, Slavoj Žižek (2013 [1988]: 32) llega a la conclusión de que el encuentro entre el objeto y el concepto es siempre, necesariamente, *fallido*. El objeto nunca logra “corresponder” a su concepto porque “*su existencia, su consistencia misma depende de esta no correspondencia*”. Por tal motivo, indica el filósofo y psicoanalista esloveno, “el paso a la verdad de un objeto conlleva su pérdida”.¹

Luego de explicar el funcionamiento del aparato psíquico mediante la invención de los conceptos del *yo*, el *ello* y el *superyó*, Sigmund Freud (2013 [1932]: 74) convocaba a sus lectores a ciertos recaudos, en tanto advertía que esas “tres provincias” del aparato psíquico en las que lucha por constituirse el sujeto, no representan “fronteras tajantes”, semejantes a las “que se han trazado artificialmente en la geografía política”. No se puede, aclaraba el fundador del psicoanálisis, dar cuenta de la “peculiaridad de lo psíquico mediante contornos lineales como en el dibujo o la pintura primitiva”, sino más bien “mediante campos coloreados que se pierden unos en otros, según hacen los pintores modernos. Tras haber separado, tenemos que hacer converger de nuevo lo separado” (Freud, 2013 [1932]: 74). En una conferencia, el historiador holandés Huizinga (sin fecha de edición [1934]: 34) recurría a una metáfora muy semejante a la invocada por Freud dos años antes: “Relaciones,

¹ Eso no significa, opina Žižek (2016 [1989]: 207-208) en otro de sus libros, que todo remita a un asunto de circularidad del metalenguaje como lo pretendieron los postestructuralistas, ya que la representación simbólica no deja de construirse en base a una relación con lo fáctico-objetivo.

coherencias, condiciones que anteriormente veía ante sus ojos el historiador tan vivas y sencillas como un grabado en madera primitivo, las verá en adelante más bien como un aguafuerte o acuarela impresionista”. ¿Cuántos colores le opaca a la acuarela de la vida pública contemporánea el uso de las fronteras tajantes de la topografía parlamentaria?

El problema del uso de conceptos está ligado en la historia política a la cuestión nominativa. Al nominar su objeto, el científico social intenta dar cuenta de aquello que observa, pero como no puede hacerlo más que desde un determinado punto de vista, mediante esa nominación también le establece unos límites y le otorga una fisonomía, o sea, lo construye. Dice Pierre Bourdieu (2012 [1984]: 41) que el “acto de *nominación*” obedece a la “lógica ordinaria de ese tipo de operaciones”: se trata de una lucha por el monopolio de la nominación legítima. En ella, aquel que se impone como el dominante se presenta como el punto de vista legítimo para hacerse “desconocer en la verdad de punto de vista particular, situado y fechado”. En la práctica, añade Bourdieu (2012 [1984]: 42), los actores son objeto de nominaciones diferentes e incluso antagónicas, dependiendo del punto de vista desde el cual son percibidos. Se trata de las “objetivaciones parciales” que forman parte de la puja política entre los actores, especialmente importante en casos de fuerte enemistad.

El desafío metodológico no es sencillo de resolver y no parece recomendable adoptar una posición dogmática, pues, aquí o allá, el estudioso se verá obligado a compartir en alguna medida el universo simbólico de los agentes. Resulta anacrónicamente positivista pretender colocarse en la posición plenamente distante de lo que Bourdieu (2012 [1984]: 47) denomina el “espectador divino”. Pero la misma atención reclama evitar la tentación de ceder a las “objetivaciones parciales” propias del juego político de los actores históricos analizados, que atenta contra la construcción de categorías y conceptos que permitan elevar el análisis a una posición cercana a un tipo de “objetividad generalizada”. De este modo, se puede procurar desenvolver una actitud científica en los intersticios del “punto de vista en todo sentido parcial de los agentes involucrados en el juego” y el humanamente imposible del “espectador divino”. Bourdieu (2012 [1984]: 50) señala que a los historiadores, en tanto tratan con material pretérito, se les tiende a conceder más fácilmente el lugar de la neutralidad que a los sociólogos, quienes con mayor frecuencia se entregan a la faena interpretativa de material presente. El problema no se reduce, no obstante, a la mera distancia cronológica, ya que bien puede ocurrir que el “universo de agentes, de objetos, de acontecimientos” y de “ideas” del pasado estén en juego en el presente, “prácticamente *actualizados*”, operando como un

pasado “vivo y ardiente” y no como uno “muerto y enterrado”. Como se sabe, el asunto gravita con un peso específico en los temas de historia reciente.

› ***La Revolución Francesa y la topografía parlamentaria***

En el mismo trabajo (Denaday, 2017) en el que ya habíamos introducido los conceptos bourdieuanos precedentemente ampliados, también nos referimos al modo en que Bronislaw Baczko (2005 [1984]) identifica el origen de las categorías izquierda/derecha en el marco de la constitución de la topografía parlamentaria durante la Revolución Francesa. Al historizarlas, Baczko descencializa las categorías de la topografía parlamentaria, para incluirlas dentro del fenómeno de simbolización más general demandado por la emergente “sociedad desencantada”. Al analizar la oposición entre lo masculino y lo femenino, Bourdieu (2000 [1998]: 20) inscribe dicha construcción simbólica en “un sistema de oposiciones homólogas” entre alto/bajo, arriba/abajo, delante/detrás, derecha/izquierda, duro/blando, público/privado, entre otras. Lo interesante que señala el sociólogo francés a propósito del problema que aquí nos convoca, es que esos “esquemas de pensamiento de aplicación universal” registran como “inscritas en la objetividad” aquellas diferencias y características distintivas que ese mismo lenguaje ayuda a hacer existir y naturalizar. Así, esos usos de categorías universales adquieren un fuerte sesgo de confirmación. El truco tautológico consiste en corroborar en la evolución objetiva del mundo aquello que las mismas previsiones colaboran a engendrar.

Baczko (2005 [1984]: 16) señala el paso de un esquema binario a uno ternario con la aparición de un centro político. Si ello tiene asidero en el plano descriptivo, conceptualmente no altera la lógica de posiciones relativas de la topografía parlamentaria, ya que su sentido sólo se comprende en la dialéctica definida por los polos dicotómicos. Aunque se añadan infinitos puntos intermedios, o se crucen esas categorías con otras como las de moderados y extremistas (sugerentes en tanto permiten conceptualizar las prácticas políticas y trazar transversalidades), pero sin dejar de remitir en última instancia a la sobredeterminación teórica de la díada, no es posible trascender el marco de un esquema binario. Un asunto más sugestivo en el que repara el historiador polaco es que los simbolismos de la topografía parlamentaria siguieron teniendo un alcance limitado si se los compara con los del Estado-nación: “se *vota* por la izquierda o por la derecha; se sacrifica la vida, se *muere* por la Patria, cuyo emblema es la bandera nacional”. Esta observación permite ponderar la relevante gravitación del nacionalismo en la política del siglo XX. La peculiaridad del bolchevismo y

el fascismo consistió en imbricar la mística del sacrificio patriótico con la propia identidad política. Si en el caso del fascismo la relación entre la identidad política y la Nación era el “punto de acolchado” (Žižek, 2016 [1989]: 125-127) de su ideología; en el bolchevismo resulta sintomático que la oleada internacionalista fuera relativamente breve, y que, en pocos años, diera paso al “socialismo en un solo país” propiciado por Joseph Stalin.² Más tarde, en aquellos países en los cuales se produjeron revoluciones de signo socialista exitosas, como en China y Cuba, la inflexión patriótica fue un rasgo distintivo.

En nuestro juicio, la clasificación universal de los conflictos políticos mediante las metáforas espaciales provistas por el esquema de la topografía parlamentaria tiene un efecto reduccionista sobre la dinámica de lo real histórico. Como indicamos, todo uso de categorías implica algún grado de abstracción, que siempre será más esquemático que la dinámica de lo real con todos sus matices. Pero el recurso excesivo del binarismo izquierda/derecha se nos presenta especialmente inconveniente, en tanto tiende a empobrecer la riqueza de los fenómenos políticos e ideológicos. En primer lugar, se trata de categorías especialmente inespecíficas. En la derecha podremos encontrar fascistas, conservadores y liberales, así como la posición relativa de las facciones internas en cualquier partido o movimiento político. Esta definición le resta sustancia propia al actor estudiado, limitándolo a una posición reactiva con respecto a otro. Cuando se ubica a alguien en la derecha o la izquierda se trata siempre de un adjetivo relacional y, por ende, no nos informa sobre la *Weltanschauung* y los objetivos positivos que motivan el accionar de ese agente específico. En segundo lugar, esas categorías son difíciles de dissociar de un *background* marcadamente axiológico. Se puede evaluar positiva o negativamente la adscripción al marxismo o al liberalismo, pero no se dudará qué se quiere indicar con ello, si se conocen los respectivos principios ideológicos. Por el contrario, ubicar a alguien en la izquierda, la derecha, la extrema izquierda, la extrema derecha o el centro, dependerá más directamente de quién lo pronuncie, qué quiere decir con ello y qué sentido performativo quiere producir. Por ejemplo, para los marxistas suelen existir muchos más derechistas que para los demás, para los liberales más populistas que para el resto, y los nacionalistas suelen detectar más antipatriotas que otras sensibilidades políticas. En tercer lugar, las metáforas de la topografía

² Dicha postura no estaba necesariamente vinculada a posiciones chauvinistas. György Lukács (2003 [1969]: 125) recordaba haber coincidido con la postura de Stalin porque sus argumentos le parecían más realistas y convincentes que los de sus adversarios, poco dispuestos a aceptar que la oleada revolucionaria de 1917 había cedido. Otra vez, los debates ideológicos que suscitan la resolución de problemas políticos específicos son más complejos que un estar *a la izquierda* o *a la derecha*.

parlamentaria son espaciales, lo que colabora a brindar una imagen más bien estática de una realidad política que suele acontecer de un modo más dinámico.

› **Los cambios ideológicos entre el siglo XIX y la Gran Guerra**

Aunque las metáforas de la topografía parlamentaria brindan una imagen fija del actor histórico, que pasa a estar *ubicado* en un espacio conjetural reificado, el contenido concreto que se le otorga resulta impreciso. Bobbio (2014 [1994]: 86) propone que la categoría derecha se vincula al espíritu de conservación, mientras la izquierda es proclive a la ruptura y la discontinuidad. Esa relación está asociada al elemento más importante que para Bobbio separa a la izquierda de la derecha, que es la posición asumida ante la igualdad social. Dicho supuesto está ligado a una condena ética de la desigualdad bajo el capitalismo, que Bobbio encuentra exclusivamente en la izquierda política. La cuestión presenta de entrada un inconveniente a propósito de las izquierdas. Porque, si, en primera instancia, podemos relacionar izquierda con anticapitalismo marxista y anarquista, es también sabido que no toda la izquierda abrevó en esos linajes. La consolidación de corrientes socialdemócratas de cuño reformista, muchas veces políticamente liberales, estuvieron lejos de bregar por un cambio radical y la posición que asumieron en coyunturas políticas específicas fue, en más de una ocasión, prosistémica. Lo mismo ocurre con las prácticas políticas concretas asumidas por muchos partidos comunistas.

El esquema provisto por la posición relativa de los diputados franceses se debilitó como representación fidedigna de las luchas políticas en el proceso histórico transcurrido entre mediados del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial, cuando acontecieron una serie de reacomodamientos ideológicos. Hacia 1850, la izquierda todavía reunía a la gran familia de los descontentos, incluidos los obreros nacionalistas y los ideólogos antisemitas. Pero, desde entonces, experimentó tres procesos antinacionalistas sucesivos. El primero aconteció en razón de la creciente hegemonía del marxismo en el seno de las organizaciones obreras, que fue excluyendo sus expresiones xenofóbicas (Paxton, 2005: 100). El segundo fue una consecuencia del *affaire* Dreyfus, luego del cual, el antisemitismo, hasta entonces significativo en la tradición socialista, quedó más exclusivamente vinculado al nacionalismo (Winock, 2010: 39-52).³ El tercero se relacionó con el fenómeno del patriotismo guerrerista

³ Michel Winock narra que el 19 de enero de 1898 (seis días después de la publicación del *Yo acuso*) los diputados socialistas dieron a conocer públicamente una declaración que tomaba distancia de las “dos facciones rivales de la clase burguesa”, a las que identificaban respectivamente con los “clericales” y los “capitalistas judíos”. Incluso Jean Jaurès, decidido dreyfusista, la firmó. El cambio más importante se produjo a mediados de

durante la Primera Guerra Mundial. Por un lado, en la revolución internacionalista propiciada por la izquierda comunista, lo nacional no tenía ya mucho espacio para ocupar. Por otro, los socialistas no comunistas, que votaron los créditos de guerra, no eran una opción que pudiera entusiasmar a los jóvenes nacionalistas.

Alain Badiou (2005: 18) identifica el prólogo del siglo XX en los años transcurridos entre 1890 y 1914, y lo define como “un período de invención extraordinaria, de creatividad polimorfa sólo comparable con el Renacimiento florentino o el siglo de Pericles”. El filósofo francés destaca las innovaciones más salientes en las artes y las ciencias durante ese “tiempo prodigioso de suscitación y ruptura”, mientras en el campo de la estrategia política sólo menciona al *¿Qué hacer?* de Vladimir Lenin. Badiou se pregunta cómo pudo incubarse durante este creativo prólogo el trágico nudo iniciado con la Gran Guerra. La respuesta la encuentra en que el período 1890-1914 fue también el de la dominación colonial europea; lo que le permite, de paso, interpelar la autocomplacencia de la buena conciencia del liberalismo occidental. La imagen de contraste que dibuja Badiou se hace más porosa si prestamos atención a las reinveniciones ideológicas y políticas, una de cuyas expresiones radicó en la reelaboración antievolucionista del marxismo que ensayó el líder de la facción bolchevique de la socialdemocracia rusa. Pero Badiou no repara del mismo modo en el fermento acontecido en torno a la mixtura del sindicalismo soreliano, el nietzchismo filosófico y el nacionalismo revolucionario que asfaltó el advenimiento del fascismo. Sin dudas, la neurosis de guerra de los excombatientes introdujo el elemento decisivo para su emergencia, pero sobre el plafón de unas bases ideológicas, culturales y políticas que habían madurado precedentemente.

› **Lenguaje lego y categorías sustantivas**

Por el mismo motivo que resultan especialmente permeables a la lucha nominativa de los agentes, las categorías izquierda, centro y derecha ceden densidad conceptual frente al lenguaje lego. Bobbio (2014 [1994]: 97-98) señala el carácter “poco riguroso” del lenguaje político en general, dado que utiliza muchas palabras del “lenguaje común”. El politólogo

año, con la primera declaración de la Liga para la Defensa de los Derechos del Hombre, que hacía suya la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del preámbulo de la Constitución de 1791. Aunque quedaron militantes de la izquierda antisemita (como Robert Louzon y muchos sindicalistas revolucionarios de la CGT), en general, esta ética humanista obligaría al socialismo a desprenderse de sus prejuicios antisemitas. Asimismo, en la medida que de la mano del intelectual Maurice Barrès el *affaire* Dreyfus trajo aparejado la consolidación del nacionalismo como un cuerpo de doctrina, dentro del cual la acusación de extranjería contra los judíos tenía un peso importante, en la perspectiva de los socialistas la temática devino desde entonces *per se* favorable al campo del enemigo ideológico.

italiano (Bobbio, 2014 [1994]: 102) añade, citando un manuscrito de Marco Revelli, que la topografía parlamentaria refiere a una metáfora espacial carente de profundidad: “No se es de derecha o de izquierda, en el mismo sentido en que se dice que se es ‘comunista’, ‘liberal’ o ‘católico’”. Esto ocurre porque izquierda y derecha no son “conceptos sustantivos y ontológicos”. Pero en su afán de defender la diada, Bobbio no repara precisamente en el efecto empobrecedor que el uso de ese “lenguaje común” tiene sobre las representaciones de las grandes tradiciones políticas e ideológicas, al simplificarlas mediante la sobredeterminación de la dicotomía izquierda/derecha.

Cuando se sitúa a un católico o a un liberal en la derecha, por ejemplo, se está reduciendo un sistema de ideas y una compleja y larga tradición a una posición relativa en el escenario político. El reduccionismo se produce sobre todo desde el momento en que se les pretende dar a esas categorías relativas al juego político un status sustantivo y ontológico, lo que acontece con frecuencia. Para definir el lugar en que se ubicará al católico o al liberal lo que hay que evaluar es una situación política concreta. Ellos podrán estar metafóricamente a la izquierda o a la derecha dependiendo del contexto específico y de los temas que se encuentren en disputa. Eso dependerá de las circunstancias que les toquen vivir, de sus sensibilidades personalísimas, de sus situaciones de clase, de qué tipo de católico o liberal sean, de la posición relativa de las otras fuerzas políticas, de qué asunto esté en debate, entre muchas otras variables pasibles de considerarse.

El devenir despótico de los proyectos igualitaristas de cuño socialista ha presentado un serio problema a la Ilustración, que, en principio, podía dirigir a algunos de sus principios todas sus simpatías. Como lo señala Peter Sloterdijk (2014, [1983]: 170), anteponer la libertad a la igualdad es un principio constitutivo del proyecto liberal-ilustrado. La “pérdida de inocencia” del socialismo en su encarnación “realmente existente” fue haciendo “hasta cierto punto superflua la cuestión de izquierda y derecha”, porque su distinción con respecto al capitalismo no le permitió soslayar los bemoles de un manuscrito compartido: “la dura realidad que nunca puede estar a la izquierda o a la derecha de sí misma, sino que, en cuanto hecha por nosotros, siempre es como es”. Añade el filósofo alemán que, en rigor, es la moral la que puede estar a la izquierda o a la derecha de la realidad, pero esta, en cuanto “nos atañe”, sólo nos da lugar a darle la bienvenida u a odiarla, a experimentarla como “soportable o insoportable” (Sloterdijk, 2014, [1983]: 170).

En suma, identificar grandes tradiciones políticas con una metáfora espacial implica simplificarlas, lo que será útil para la diatriba del laico o el antiliberal, pero resulta

empobrecedor para la historia política e intelectual. Si en lugar de las metáforas espaciales se utilizan otras categorías conceptualmente más densas (marxismo, nacionalismo, catolicismo, liberalismo, etc.) el lenguaje común se revela precario, ya que el uso de categorías que refieren a grandes tradiciones políticas demanda, al menos *grosso modo*, un conocimiento sobre sus respectivos fundamentos. En lugar de usar metáforas débiles e imprecisas, nos parece un proceder teóricamente más clarificador reparar en las tradiciones políticas y los sistemas de ideas en sus fundamentos sustantivos y ontológicos, para recién luego pasar a indagar las posiciones asumidas en las coyunturas históricas específicas.

› **Gobernar la Revolución Rusa**

En la Rusia de 1917 los bolcheviques propiciaban un cambio y proclamaban un igualitarismo maximalista, pero pocos años más tarde los cambios y las demandas sociales se reclamaban en su contra. Los revolucionarios devinieron el nuevo oficialismo, que se encontró en rápidas dificultades para cumplir las expectativas suscitadas por las promesas de paz, pan y tierra, con las cuales habían arribado al poder. Así, los bolcheviques no tardaron en reprimir protestas y a otras facciones socialistas, como la de los socialrevolucionarios que, por estar muy arraigados entre las masas campesinas, tenían mayoría en la Asamblea Constituyente disuelta por el golpe de mano bolchevique, un partido más urbano y proletario. En marzo de 1921 reprimieron a los marineros anarquistas en Kronstadt, y en 1922 y 1923 deportaron a varios importantes dirigentes mencheviques y proscribieron al resto de los partidos políticos. Como no eran ciegos a la alarma social que reinaba, sobre todo entre el campesinado, si en lo político se cerraron, en lo económico reabrieron las puertas a cierta acumulación privada en el marco de la Nueva Política Económica (Fitzpatrick, 2008 [1994]: 121-132). ¿Deberían considerarse los bolcheviques unos derechistas al realizar estos movimientos represores en lo político, aperturistas en lo económico y desigualitarios en lo social? No es una pregunta interesante, más bien la cuestión radica en advertir qué una cosa es hacer la revolución y otra muy diferente gobernarla; qué una cosa es propiciar un sistema económico alternativo y otra muy diferente implementar políticas públicas y administrar exitosamente la macroeconomía.

La consolidación del estalinismo nos ha dejado la imagen de un congelamiento conservador del bolchevismo. No obstante, luego de derrotar a la Oposición de Izquierda de León Trotsky y Grigori Zinóviev, el plan industrializador de Stalin se inspiró en buena medida en el que había diseñado el economista Yevgueni Preobrazhenski, justamente para la plataforma programática de la facción derrotada. No sólo en este punto el estalinismo, luego de

someterlo política y policialmente para expulsarlo al exilio forzado, aplicó líneas defendidas por el exjefe del Ejército rojo. Entre los meses finales de 1920 y hasta el X Congreso del partido, en marzo de 1921, cuando triunfaron las tesis del máximo líder bolchevique, Lenin y Trotsky mantuvieron una polémica a propósito del rol de los sindicatos en el sistema político comunista. Mientras Lenin (1971 [1920-1921]) sostenía que los mismos, como representantes del conjunto de la clase obrera, debían desempeñar un papel relativamente autónomo frente a un Estado que ya dejaba ver aspectos burocráticos; Trotsky proponía “sacudirlos”, un eufemismo de una propuesta de subordinación y militarización. Por ello, como lo señaló György Lukács (2003 [1971]: 147), en el movimiento sindical soviético también aconteció la paradoja de que se impuso “la línea trotskista por medio de Stalin”. En cuanto al debate económico, Nikolái Bujarin, el más consecuente defensor de las políticas liberalizadoras de enriquecimiento de los kulaks, se sintió desairado y lideró una oposición conocida como “de derecha”. Además de la revolución desde arriba que implicó la colectivización forzosa, Stalin favoreció el ascenso de elementos obreros en el aparato estatal y la tecnocracia (Fitzpatrick, 2008 [1994]: 153-187). Aquí tampoco resulta útil dilucidar estas polémicas en términos de izquierdas y derechas, porque se trata de interpretar procesos políticos, sociales y económicos que respondieron a problemas que deben ser analizados en su especificidad. Stalin no se explica como un centrista, Bujarin como un derechista, ni Trotsky como un izquierdista.

› ***El fascismo y la gramática plebeya populista***

Con frecuencia se hace hincapié en los motivos nacionalistas y racistas de la prédica del nacionalsocialismo. Si bien la importancia de tales tópicos no está en discusión, ello no significa soslayar lo que connotaba el segundo término del sustantivo alemán compuesto. La propaganda nacionalsocialista se proponía competir con el marxismo en su propio terreno y lo vilipendiaba como un aliado del capitalismo. Uno de los afiches de la campaña electoral de 1932 rezaba: “El marxismo es el ángel de la guarda del capitalismo. Elija nacionalsocialistas. Lista 1”.⁴ Obsérvese asimismo otro afiche de estética modernista, que se exhibe aquí porque resulta muy elocuente de la vocación soberanista de construir una voluntad general (Anexo: Imagen 1). El afiche electoral nacionalsocialista tenía inscripto arriba, sobre el margen izquierdo, “El pueblo” y, a la derecha, “elige lista”. El número de la lista se representaba mediante un 1 fálico y en color rojo, que ocupaba el centro del afiche y se elevaba desde una

⁴ *Der Marxismus ist der Schutzengel des Kapitalismus. Wählt Nationalsozialisten. Liste 1.* Afiche de campaña electoral, 1932. Traducción del autor. Repositorio en línea University of Minnesota.

base formada por una cruz esvástica. Debajo del 1 y la esvástica decía: “Nacionalsozialistas”. Lo destacable es que el afiche representaba a distintos grupos de masas ingresando por los espacios vacíos que se formaban entre los brazos que dibujaban el símbolo de la esvástica. El nacionalsozialismo se representaba así como el unificador de ciudadanos hasta entonces dispersos, para dar nacimiento al pueblo como Uno, simbolizado por el número de la lista electoral.⁵

Aunque cuantitativamente el Partido Nacional Fascista (PNF) tuvo menos porcentaje de afiliados obreros que el Partido Nacionalsozialista Obrero Alemán (NSDAP), según Nicos Poulantzas (1971: 254-259), en razón de la arraigada tradición sindicalista en buena parte del activismo fascista, la influencia y los reclamos del ala obrerista resultaron más agudos y más difíciles de integrar para el Estado mussoliniano. El elemento jerárquico convivió ambiguamente en el fascismo europeo con la “gramática plebeya” que Pierre Ostiguy (2014-2015) destaca como aspecto relevante de la política populista. Amén de un origen católico, la sinécdoque antisemita también abrevaba en un antielitismo plebeyo, atávicamente arraigado en zonas del campesinado europeo. La prédica antiburguesa del marxismo tenía todavía algo de prurito ilustrado y requería, por tanto, de un rodeo argumentativo; mientras el desprecio al judío operaba, como cualquier xenofobia, en un nivel más cercano a las pulsiones primarias. Como lo destacó François Furet (1995: 218-219), parte del éxito ideológico de Adolf Hitler radicó en que logró matar dos pájaros de un tiro: odiar al judío era repudiar al burgués y al bolchevique al mismo tiempo, las dos caras del *homo oeconomicus* de la *Zivilisation*. En el mismo sentido, Pascal Ory (2012 [2003]: 18) indica que no es sugestivo homologar al fascismo con la extrema derecha que asumió identidades reaccionarias, dado que el fascismo valoró la “noción de revolución” y asimiló “su combate al del Pueblo contra los Establecidos”. Giovanni Gentile y Benito Mussolini (1937 [1932]: 9) titularon uno de los apartados de *La doctrina del fascismo*⁶ como “El fascismo no retrocede”. En él destacaban que el movimiento italiano no pretendía que el mundo volviera al período anterior a 1789 y que, por tal motivo, “no ha escogido a De Maistre como profeta”.

› **Los intelectuales y la seducción fascista**

⁵ *Das Volk wählt Liste 1*. Afiche de campaña electoral, 6 de noviembre de 1932. Traducción del autor. Repositorio en línea Look and learn.

⁶ La entrada publicada en la *Enciclopedia Italiana* llevaba la firma de Mussolini, pero se considera razonable atribuirlo a una producción conjunta con Gentile. Si bien Mussolini era periodista y un político muy lector, capaz de producir textos no siempre elementales, algunos giros argumentativos hacen presumible la función de Gentile como *ghostwriter*.

Aunque fenoménicamente menos indagados que aquellos intelectuales que adhirieron de diversos modos al comunismo, fueron otros tantos los que canalizaron sus expectativas revolucionarias a través del fascismo. El radicalismo antiliberal fascista resultó un “nuevo hogar” para muchos jóvenes e intelectuales “que estaban aquejados por la fiebre de la insurrección pero aún se aferraban a la nación” (Paxton, 2005: 101). Robert Paxton destaca el caso del poeta Robert Brasillach, quien solía añorar el clima de éxtasis que rodeó al “fascismo rojo” de su juventud. Más tarde, en 1934, otro intelectual francés atraído por el fascismo, Pierre Drieu La Rochelle, escribiría un ensayo bajo el sugestivo título de *Socialismo fascista* (Soucy, 1979: 139). Si en la misma época el poeta norteamericano radicado en Italia Ezra Pound, ya estaba entusiasmado con *Il Duce*, era porque creía encontrar en Mussolini al líder de una reforma social y el promotor de un nacionalismo económico contrario a la hegemonía de la banca y la usura financiera, a cuyo vilipendio dedicó su célebre *Canto XLV* (Moody, 2014: 141-142).

En 1960, Martin Heidegger le contestaba una carta a un estudiante que le manifestaba la contradicción que experimentaba entre la admiración que le provocaba su filosofía y la aversión del mismo tenor que sentía hacia su pasado político. El gran filósofo alemán del siglo XX le contestó que tal conflicto permanecería insoluble “mientras usted juzgue el nacionalsocialismo solamente desde la perspectiva de hoy”. Heidegger pasaba a describir la “insoportable” situación que habían experimentado los alemanes con “un sentimiento de la responsabilidad social” en un país que, a comienzos de los treinta, se hallaba poblado por millones de desocupados y económicamente constreñido por las consecuencias del Tratado de Versalles. Rüdiger Safranski (2010 [1994]: 272-273) indica que la justificación racional de Heidegger omite que, en rigor, entonces él, como muchos otros, estaban animados por un entusiasmo revolucionario. El clima populista y nacionalista que rodeó la llegada de Hitler al poder trascendió ampliamente los motivos racistas. El autor de *Ser y tiempo*, por caso, no necesitó, para sentirse consustanciado con él, adherir a los principios de la ideología de la sangre y el suelo que propagaba su adversario interno Ernst Krieck.

Safranski (2010 [1994]: 280-285) contrapone la expectativa revolucionaria de Heidegger a la de orden que animó la adhesión al nacionalsocialismo de otro intelectual de fuste, Carl Schmitt. No obstante, el orden antiliberal que imaginaba el jurista alemán no era, en su organicismo *pro operario*, diferente al populismo que agitaba la mente más metafísica del filósofo. En 1929 Schmitt (2001 [1929]: 79) pronosticaba que el fascismo “a la larga” terminaría favoreciendo los intereses socialistas de los trabajadores mediante el

fortalecimiento del Estado. Según Schmitt (2001 [1929]: 80), podría ocurrir en el vínculo entre el fascismo y el socialismo aquello que había acontecido en la relación entre Bismarck y los liberales. Así como entre 1863 y 1870 los liberales se le habían opuesto al canciller alemán precisamente cuando impulsaba un plan de “auténtico carácter liberal”; podía esperarse que Mussolini terminara edificando una “armadura socialista en la lucha encarnizada contra los guardianes oficiales del socialismo” (Schmitt, [1929]: 80).

Algunos intelectuales que habían adherido al fascismo, como Schmitt y Heidegger, lograron reinsertarse, luego de atravesar algunas complicaciones jurídicas, en el clima cultural de posguerra. Escritores de pasado fascista, pero disidentes y críticos de los líderes, como el italiano Curzio Malaparte, recurrieron a su imaginación literaria para reinventarse una autobiografía más acorde a los nuevos tiempos. Pero hubo otros que asumieron hasta las últimas consecuencias la deriva vanguardista del ideario fascista. Exhibiendo desafiante su sonrisa aniñada, el colaboracionista Brasillach defendió sin inmutarse sus posiciones ideológicas durante el juicio en el que fue condenado a muerte. La Rochelle, cercado, optó por suicidarse. Pound fue acusado de traidor, declarado insano y encerrado en su país natal. Se tratara de poetas, novelistas, filósofos o juristas; franceses, alemanes, italianos o norteamericanos; lo cierto es que en la entreguerras el fascismo sedujo a destacados intelectuales. Bajo diversas formas, se aprecia en esos entusiasmos el denominador común de una expectativa antiliberal de cuño populista. Por tal motivo, el esquema de Bobbio también cruje para el análisis del campo intelectual, porque no es posible sostener que durante el siglo XX la izquierda haya detentado la hegemonía entre las vanguardias culturales, el rupturismo antisistémico y la promoción de la igualdad social.

› ***Los peronismos: del juicio analítico al sintético***

Para interpretar los populismos latinoamericanos la diáda de factura europea resulta especialmente inconveniente. Es notorio que en la historia argentina otros clivajes operaron de forma más decisiva: unitarios y federales, radicales y conservadores, peronistas y antiperonistas. La coyuntura de los orígenes del peronismo revela la insuficiencia conceptual de la topografía parlamentaria. Entonces el Partido Comunista y el Partido Socialista locales quedaron desconcertados ante un fenómeno populista que no entraba en sus esquemas normativos sobre cómo debía comportarse el proletariado. Así, se sumaron a la Unión Democrática, que planteaba el conflicto bajo el lema: “Por la libertad, contra el nazismo”. En ese marco, dicha coalición de partidos condenó medidas sociales como la imposición del

aguinaldo, que las patronales rechazaron activando un *lock out* (Cattaruzza, 2009: 195-196). O sea que, si nos regimos por los términos diádicos de Bobbio, bien podríamos afirmar que estuvieron *a la derecha* del peronismo naciente. Siguiendo ese criterio deberíamos ubicar, por ejemplo, a Victorio Codovilla *a la derecha* de Juan Queraltó. El caso de la filofascista Alianza Libertadora Nacionalista (ALN) que este dirigía resulta sugestivo: ¿su denuncia de las Actas de Chapultepec (que derivó en acciones que llevaron a muchos de sus militantes a poblar circunstancialmente las cárceles peronistas) no los ubicó *a la izquierda* de Perón al sostener un antiimperialismo más consecuente? ¿Cómo ponderar el importante papel que, como se aprecia en el libro de Julio Melon Pirro (2009), desempeñaron sus militantes durante la denominada Resistencia peronista?

A través de una mirada diacrónica, advertimos que, en el uso historiográfico de categorías para el análisis del peronismo, las metáforas espaciales resultan de incorporación tardía. Las categorías de la topografía parlamentaria se utilizan para explicar el fenómeno en los sesenta y, especialmente, durante el primer lustro de los setenta, pero no así el de los cuarenta y cincuenta. El nuevo corte analítico comienza a dibujarse a partir del golpe de 1966, con la creciente participación de los universitarios y la profundización de la radicalización política. El conflicto entre Augusto Vandor y Juan Perón de mediados de los sesenta no suele ser todavía abordado en esos términos. La dicotomía izquierda/derecha viene a intentar dar cuenta, en el marco del mundo de la Guerra Fría, del novedoso fenómeno que representó la emergencia de una poderosa ala juvenil de orientación socialista en el seno del peronismo y sus márgenes. Si irrumpió un ala izquierda, según el esquema de la topografía parlamentaria, forzosamente debió existir su contraparte. Así, todos los peronistas que no se alinearon con el montonerismo resultan agrupados, por defecto, en unas derechas peronistas. Pero, dado que muchos de ellos provenían de las experiencias peronistas precedentes, se imponen una serie de interrogantes: ¿Antes qué eran? ¿Habían alterado los principios constitutivos de su ideología y su identidad política? ¿Es suficiente que emerja una izquierda interna para englobar a todos los otros peronistas en una derecha? ¿Se aprecia en ella alguna novedad sustancial con respecto al populismo originario?

El cambio que introduce el uso de la topografía parlamentaria produce una alteración en la naturaleza de las categorías que se utilizan para analizar el fenómeno peronista en sus distintas etapas. Según Kant (2013 [1787]: 177), en el juicio que denominaba *analítico*, el predicado B pertenece al sujeto A, mientras en el juicio *sintético* son independientes. En el juicio *analítico* el predicado resulta inseparable del sujeto, porque existe entre ellos una

relación de *identidad*. Cuando se hace referencia a un peronismo de izquierda y otro de derecha se trata de juicios *sintéticos*, en los que no puede pensarse una relación de *identidad* entre el sujeto y el predicado. En términos kantianos se pasa del uso de un juicio *analítico* (el peronismo) a juicios *sintéticos* (peronismo de derecha, peronismo de izquierda). Esto produce un vaciamiento del objeto peronista, que ahora carece de contenido propio y pasa a operar como un significante vacío.

¿Por qué se pasa de un juicio *analítico* para el peronismo clásico a uno *sintético* para su momento setentista? Porque las categorías de la topografía parlamentaria vienen a explicar un acontecimiento novedoso, pero por su naturaleza dicotómica producen equívocos colaterales. En la medida que los jóvenes montoneros y sus aliados se proponían incorporar motivos socialistas al peronismo, resulta razonable, atendiendo a la convención, identificarlos como una izquierda.⁷ Lo erróneo radica en la homogeneización derechista de todo el amplio y variopinto espectro del peronismo que no se alineó con el montonerismo. Porque si la ubicación en la derecha la determina el elemento anticomunista, constitutivo de la identidad peronista, entonces el argumento debería asumirse hasta el final y afirmar que el peronismo *siempre* fue de derecha.

Hay varios elementos que sugieren que no sería descabellado definir al peronismo clásico como un populismo de derecha, pero aquí proponemos el uso germaniano de la categoría populismo, que se lleva mal con los adjetivos de la topografía parlamentaria. Precisamente lo que argumentó Gino Germani fue que los “movimientos populistas nacionales” se distinguían por su naturaleza ambigua, que radicaba en la mixtura de condimentos izquierdistas y derechistas bajo formas ideológicas híbridas y hasta paradójicas (Denaday, 2017: 121-122). En el mismo sentido, en cuanto a su lógica institucional, Gerardo Aboy Carlés (2012) plantea

⁷ Mario Firmenich esgrimió conceptos muy claros al respecto en una charla pronunciada ante las agrupaciones de la Tendencia Revolucionaria a fines de 1973. Por razones de obvia oportunidad política fue en ese contexto más sincero y manifestó: “La ideología de Perón es contradictoria con nuestra ideología porque nosotros somos socialistas, es decir, para nosotros la Comunidad Organizada, la alianza de clases es un proceso de transición al socialismo”. Esto se evidenciaba para Firmenich en que mientras para Perón la Tercera Posición constituía una cosmovisión, “nuestra tercera posición no es ideológica sino política, nuestra tercera posición es en el aspecto internacional geopolítico, una tercera posición del tercer mundo, pero no la tercera posición entre capitalismo y socialismo”. En consecuencia, destacaba Firmenich, si Perón combatía a los rusos lo hacía “mucho más que por imperialistas, por marxistas, porque él no comparte el presupuesto de la lucha de clases y no comparte ese sistema socialista”. En cambio, aclaraba el líder montonero, nosotros “los puteamos como traidores a la causa socialista, como desviados, como negociadores”. En el mismo sentido, Firmenich señalaba que cualquiera sabía que Perón caracterizaba como “socialismos nacionales” tanto a China como a Suecia e Inglaterra, mientras “para nosotros no es así: China es un Estado socialista, Inglaterra no”. Por todo esto, el jefe montonero entendía que Perón estaba perfectamente al tanto de “que nuestra posición ideológica no es la misma que la de él”. Charla de la Conducción Nacional ante las agrupaciones de los frentes (1973), en Roberto Baschetti (1996: 275).

que el populismo debe interpretarse en su simultánea dialéctica de ruptura e integración. Esa ambivalencia está en el núcleo de la discursividad populista, que puede articularse, alternativamente, como *plebs* y como *populus*. En su carácter fenoménico *el peronismo no se dilucida adecuadamente a través de la sucesiva adjudicación de predicados, sino atendiendo a la naturaleza estructuralmente contradictoria del populismo*. En el marco de esta conceptualización, podemos considerar que en la década del setenta Montoneros vino a expresar el “punto sintomático” de la identidad peronista. Se trata de ese elemento particular que, en la negación del “rasgo universal”, dibuja el límite que define a “la totalidad en cuestión” (Žižek, 2010 [1988]: 56) (Anexo: Esquema 1).

› **Los años schimittianos: la más universal de las décadas**

Los elementos nacionalistas, militaristas, organicistas y católicos, que pueden asociarse genéricamente a tradiciones de derechas, estuvieron presentes en la ideología peronista original y no representaron una innovación setentista. Sobre esa base originaria, desde la Resistencia peronista se desarrollaron un cúmulo de experiencias que, en su radicalización combativa, enfatizaron los elementos asociados a las místicas nacionalistas y/o de un peronismo duro interpretado bajo los criterios de un integrista doctrinario simultáneamente antiliberal y antimarxista.⁸ Pero lo verdaderamente novedoso no fue eso, sino que, claramente después de 1969, al lado de las tendencias tradicionales del peronismo adquirió relevancia una corriente socialista interna con cierta capacidad para disputar poder, cuya base social fundamental radicó en la militancia estudiantil universitaria. Ni el vanderismo ni el paladinismo, los dos desafíos previos más importantes al liderazgo de Perón, habían planteado la disputa en términos ideológicos. El conflicto intraperonista de los setenta aconteció en razón del desarrollo de una inflexión juvenilista y socialista que colisionó con los fundamentos consuetudinarios del peronismo clásico. Después de 1955 los peronistas tradicionales querían derrotar al viejo enemigo liberal para restaurar el organicismo populista. Nada nuevo bajo el sol: un fortalecimiento de la gravitación estatal para ejercer una administración socialmente distributiva del mercado capitalista. Es difícil sostener que los peronistas tradicionales estuvieran más a la derecha en los setenta que en los cincuenta, si tenemos en cuenta que, como lo señala Ricardo Sidicaro (2010 [2002]: 116), el programa de

⁸ Referimos pormenorizadamente a la producción historiográfica sobre estudios de caso, creciente en los últimos años, excede el interés de este trabajo de corte teórico. Un buen panorama de estas subjetividades del militante epocal fue trazada por Humberto Cucchetti (2013).

1973 era relativamente más cuestionador del capitalismo que el que estaba implementando el gobierno justicialista cuando fue derrocado en 1955.

El mosaico peronista de los setenta admitía una multiplicidad de expresiones, pero cuando la modalidad socialista ocupó varias teselas y se dispuso a disputar el liderazgo de Perón, sus fundamentos crujieron. Ese conflicto fue político, pero también de ideas. Perón y los peronistas tradicionales eran versátiles y podían ceder a diferentes juegos retóricos, como el del “socialismo nacional”. Pero atención: la demarcación final con el proyecto de la revolución socialista no debería minimizarse porque representaba el límite mismo de una aversión ideológica. Perón mismo, además de ser como militar un hombre de orden, era un antimarxista convencido. En ese umbral se dibujó el “conflicto extremo” en el que la enemistad política abrió la posibilidad real de la lucha belicosa que lleva ínsita como potencialidad. Arribados a ese confín, señala Carl Schmitt (1991, [1932]: 57), sólo cada uno de los actores puede definir si la “alteridad del extraño” representa “la negación del propio modo de existencia” y se impone, en consecuencia, la decisión de “rechazarlo o combatirlo para preservar la propia forma esencial de vida”. En razón de ello la interna peronista de los setenta se elevó sobre sus habituales querellas, para derivar en una más gravosa guerra entre partisanos, o sea, entre combatientes de *partido* (Schmitt, 2013 [1963]: 32).

En nuestra tesis de maestría (Denaday, 2018: 30-34) hemos planteado, a partir de la teoría rizomática de Gilles Deleuze y Félix Guattari, la importancia de comprender al peronismo en su multiplicidad substantiva. No obstante, si hemos elegido la teorización de los filósofos franceses fue porque ella no desatiende el momento de articulación macropolítica. Lo contrario, registrar sólo la variedad micropolítica, tiene el riesgo que hemos planteado al principio con la metáfora borgeana: toda conceptualización siempre será falseable, aquí o allá, por el infinito exotismo de una minuciosa observación empírica. Una dialéctica equilibrada consiste en recurrir a categorías teóricas sin dejar de tener en cuenta lo abigarrado de la realidad que representan. Razonado de este modo, en nuestra mirada historiográfica el enfoque rizomático deleuziano convive con los modos más polarizados que sugiere la teoría de la enemistad política. La conceptualización de Schmitt es fértil para interpretar el agudo conflicto setentista local no porque el análisis del jurista alemán representara el *súmmum* de la *Realpolitik*, como él engañosamente lo pretendía; sino porque la concepción antropológica de la política como enemistad radical refleja bien la naturaleza del drama histórico del siglo XX. En la tendencia schmittiana a disolver la frontera entre la política y la violencia guerrera radicó el meollo político de un siglo que Badiou (2005: 57) define atravesado por la figura

del antagonismo y la “concepción combatiente de la existencia”. Aunque no todos los actores del peronismo setentista se volcaron al extremismo y la violencia,⁹ evaluado retrospectivamente, quizá no haya existido proyecto más utópico que aquel que animaba al viejo general que gustaba ofrecerse, al regreso de su exilio, como un “símbolo de paz”.

› **Conclusiones**

Comenzamos este texto planteando la necesidad que tiene el historiador de recurrir a conceptos para interpretar sus objetos de estudio, so pena de ser un Funes. Pero también se sostuvo con Huizinga que el otro riesgo radica en la inflación de los conceptos y, con la dupla Lacan-Žižek, que se trata de asumir la falta de transparencia de sus relaciones con las cosas empíricas. Freud nos ha sugerido que los esquemas teóricos indispensables para discernir las dinámicas genéricas no deben hacernos olvidar que luego se nos impone la necesidad de volver sobre nuestros propios pasos, para no olvidar los matices, las zonas mixtas y ese rico resto siempre abierto al pensamiento. De la misma manera, aunque no parece razonable proponerse alcanzar una suerte de ecuanimidad divina con respecto a los actores indagados, tampoco es recomendable adoptar acríticamente un lenguaje asociado a las luchas que ellos desenvuelven por el monopolio de la nominación legítima. Resulta más probable que los juegos nominativos de los agentes permeen la mirada del historiador si las categorías, en lugar de reparar en su historicidad, se naturalizan. En el caso de las metáforas espaciales de la topografía parlamentaria, convencionalmente usadas para analizar los conflictos políticos, su origen histórico puede datarse. Así, hemos fundamentado que las categorías emergidas de los acontecimientos de la Revolución Francesa resultaron esmeriladas en su capacidad explicativa durante el proceso de cambios ideológicos y políticos iniciados en el período que Badiou identifica como el prólogo del siglo XX. Ni los conflictos internos del socialismo ruso, ni la emergencia del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, se aprecian cabalmente recurriendo a la díada izquierda/derecha.

Hemos sostenido en este trabajo que si esas categorías se asumen muchas veces como evidentes, es, en buena medida, porque ceden a un lenguaje lego que tiende a empobrecer unas tradiciones ideológicas y unos debates políticos más ricos y complejos en su naturaleza. Así, a la luz de diversos procesos históricos concretos, nos hemos propuesto poner en discusión los clivajes que Bobbio determina como fundamentales para justificar el uso universal de la díada izquierda/derecha. No resulta para nada evidente que la izquierda

⁹ Precisamente a resaltar este problema hemos dedicado nuestra tesis de maestría (Denaday, 2018).

política haya ostentado en el siglo XX el monopolio de la lucha por la igualdad social y el vanguardismo revolucionario. Aunque en ocasiones se deje en un segundo plano, atendiendo a sus más espectaculares prácticas xenófobas y criminales, la dimensión social de las experiencias fascistas fue un dato muy significativo, que demanda ser tomado en cuenta al momento de caracterizarlas adecuadamente. Una de sus importantes expresiones en el campo cultural se aprecia en la expectativa populista que animó la adhesión de varios prominentes intelectuales del siglo pasado.

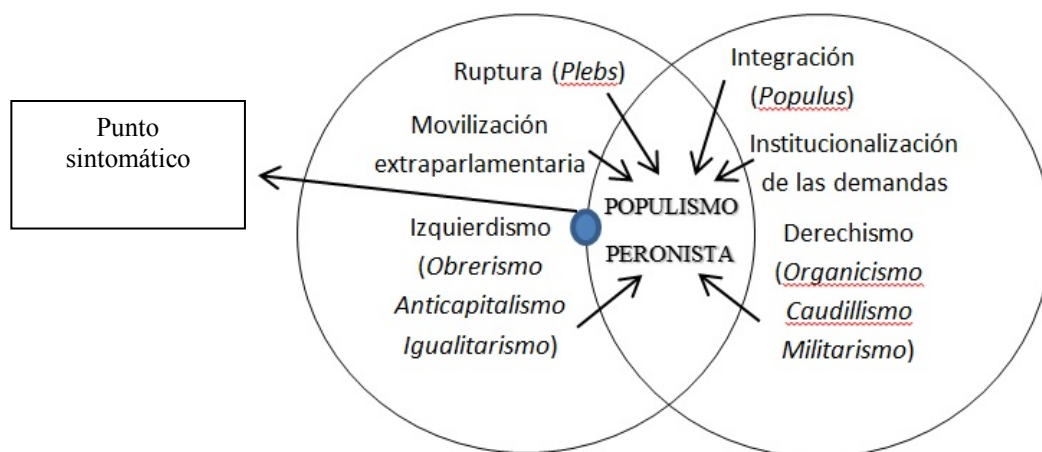
Si las categorías de la topografía parlamentaria no se revelan proteicas para interpretar la historia del continente que las engendró, mucho más opacas se vuelven al momento de hacerlo con los conflictos políticos latinoamericanos. Para el caso del peronismo argentino hemos recurrido a un empleo libre de términos kantianos a los fines de destacar la alteración diacrónica que se advierte en el uso de categorías analíticas. Hemos planteado que la introducción de las metáforas espaciales para analizar el peronismo pos 1966 produce un resultado conceptualmente empobrecedor, en razón de la simplificación predicativa del carácter estructuralmente ambivalente del populismo. La utilización de la diada fuerza un desplazamiento de los peronistas tradicionales a una derecha reificada, que, en nuestro juicio, no colabora a dar cuenta de la naturaleza del conflicto en ciernes. Aunque desde 1955 se desarrolló un proceso de radicalización peronista y nacionalista que enfatizó la lógica *plebs* del populismo, lo verdaderamente novedoso en los años setenta no estuvo dado por el consuetudinario antimarxismo, que compartían otros sectores moderados del justicialismo y su propia líder, sino por la tendencia socialista juvenil que hegemonizó Montoneros. Al operar como el “punto sintomático” del universal peronista, el montonerismo activó una guerra partisana que, si eclosionó en una violencia que puede calificarse de extraordinaria dentro de la trama histórica doméstica, la convirtió, por el mismo motivo, en la más universal del siglo XX argentino.

> **ANEXO**

Imagen 1.



Esquema 1.



Fuentes editas

- Baschetti, R. (1996). *Documentos 1973-1976. De Cámpora a la ruptura*. Volumen I. Buenos Aires: De la Campana.
- Gentile, G. y Mussolini, B. (1937) [1932]. *La doctrina del fascismo*. Firenze: Vallecchi.
- Lenin, V. (1971) [1921]. Una vez más acerca de los sindicatos, la situación actual y los errores de Trotski y Bujarin. En V. Lenin *Obras completas*. Tomo XXXIV (350-388). Buenos Aires: Cartago.
- Lenin, V. (1971) [1920]. Los sindicatos, la situación actual y los errores del camarada Trotsky. En V. Lenin *Obras completas*. Tomo XXXIV (287-305). Buenos Aires: Cartago.
- Lukács, G. (2003) [1971]. Testamento político. En G. Lukács *Testamento político y otros escritos sobre política y filosofía (141-188)*. Buenos Aires: Herramienta.
- Lukács, G. (2003) [1969]. Más allá de Stalin. En G. Lukács *Testamento político y otros escritos sobre política y filosofía (125-132)*. Buenos Aires: Herramienta.
- Schmitt, C. (2001) [1929]. El ser y el devenir del Estado fascista. En H. Aguilar (Comp.) *Carl Schmitt, teólogo de la política (75-81)*. México: FCE.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2012). El populismo, entre la ruptura y la integración. *Revista Argentina de Ciencia Política*, N° 15, 87-97.
- Baczko, B. (2005) [1984]. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Badiou, A. (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- Bobbio, N. (2014) [1994]. *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Buenos Aires: Taurus.
- Borges, J. L. (2011) [1942]. Funes el memorioso. En *Obras completas 1 (781-787)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bourdieu, P. (2000) [1998]. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2012) [1984]. *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Cattaruzza, A. (2009). *Historia de la Argentina 1916-1955*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Cucchetti, H. (2013). ¿Derechas peronistas? Organizaciones militantes entre nacionalismo, cruzada anti-montoneros y profesionalización política. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.
- Denaday, J. P. (2018). *No todo fue violencia: un think tank en el retorno de Perón. El caso del Consejo de Planificación del Movimiento Nacional Justicialista (1970-1973)*. Tesis de Maestría. Repositorio Universidad Torcuato Di Tella.
- Denaday, J. P. (2017). Notas para el debate historiográfico sobre el peronismo de los setenta. *Pasado Abierto*, N° 5, 115-136.
- Fitzpatrick, S. (2008) [1994]. *La Revolución Rusa*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Freud, S. (2013) [1932-1936]. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936). En *Obras completas*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Furet, F. (1995). *El pasado de una ilusión. Ensayos sobre la idea comunista en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Huizinga, J. (s/e) [1934]. *Sobre el estado de la ciencia histórica*. Tucumán: Cervantes.
- Kant, I. (2013) [1787]. *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Losada.
- Lacan, J. (2017) [1953-1954]. Los escritos técnicos de Freud. En *El seminario*. Libro 1. Buenos Aires: Paidós.
- Melon Pirro, J. C. (2009). *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Moody, D. (2014). *Ezra Pound: Poet. A Portrait of the Man and his Work. Vol. II: The Epic Years 1921-1939*. Oxford: University Press.
- Ory, P. (2012) [2003]. *Del fascismo*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Ostiguy, P. (2014-2015). Exceso, representación y fronteras cruzables: "Institucionalidad sucia", o la aporía del populismo en el poder. *Postdata*, Vol. 19, N° 2, 345-375.
- Paxton, R. (2005). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.
- Poulantzas, N. (1971). *Fascismo y dictadura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Safranski, R. (2010) [1994]. *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*. Buenos Aires: Tusquets.

- Schmitt, C. (1991) [1963]. Prólogo. En C. Schmitt (1991) [1932]. *El concepto de lo político* (39-48). Madrid: Alianza.
- Schmitt, C. (2013) [1963]. *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Madrid: Trotta.
- Sidicaro, R. (2010) [2002]. *Los tres peronismos. Estado y poder económico. 1946-1955, 1973-1976, 1989-1999*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Sloterdijk, P. (2014) [1983]. *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela.
- Soucy, R. (1979). *Fascist Intellectual. Drieu La Rochelle*. London: University of California Press.
- Winock, M. (2010). *El siglo de los intelectuales*. Buenos Aires: Edhasa.
- Žižek, S. (2016) [1989]. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Žižek, S. (2010) [1988]. *El más sublime de los histéricos. Hegel con Lacan*. Buenos Aires: Paidós.